

el incidente no pasa de pretexto, porque actos semejantes podían contarse en abundancia desde que Prim, siendo capitán general de Granada, dirigió algunas expediciones de castigo. Es inútil que el sultán dé explicaciones y responda cortésmente a las exigencias españolas; es inútil también que Inglaterra intervenga y que a última hora advierta a España que no tolerará que las posibles ventajas españolas le den superioridad en las costas o debiliten la fortaleza de Gibraltar. Esto, que hubiera bastado para que O'Donnell se preguntara a qué iba a Marruecos, no se tomó ni siquiera en cuenta. El gobierno quería la guerra, la prensa había electrizado al pueblo, la reina esperaba grandes victorias y, para que no faltara el entusiasmo que deriva del fanatismo, se vino a bautizar aquella empresa con el nombre de "Guerra Santa".

El propio Presidente del Consejo se puso a la cabeza de las fuerzas españolas, dejando su puesto a Calderón Collantes. Su despedida de la reina tuvo mucho de espectacular: con una rodilla en tierra recibió de manos de la soberana unas medallas milagrosas.

Prim que, a pesar de su intervención en Marruecos, no figura entre los generales designados por el gobierno, se ofrece al ministro de la Guerra, que le confía el mando de una división de reserva. Los otros generales son: Alcalá Galiano, Ros de Olano, Echagüe y Zavala. El número total de los ejércitos asciende a 40.000 hombres y el entusiasmo suple muchas cosas, principalmente la desorganización en intendencia y en otros servicios indispensables a toda operación formal de guerra extranjera.

La gran equivocación sirve tan sólo para corroborar el valor del soldado español, su capacidad heroica, virtudes también presentes en los generales: "Prim —ha escrito Pierre de Luz—¹, cargando a pie al frente de su división,

¹ Ob. cit., pág. 211.

recuerda las más grandes figuras militares de la antigüedad y de los tiempos modernos". La victoria de Castillejos por él conseguida después de luchas cuerpo a cuerpo, desafiando el peligro hasta la temeridad, constituye un hecho de armas notable, quizás el más notable de la campaña; sus operaciones junto al río Azmir, en marcha sobre Tetuán, el paso de Cabo Negro... todo contribuye a reafirmar su prestigio, a tal grado que se convierte en la figura más destacada de la guerra, en el general imprescindible, en el hombre que enardece a los soldados y es imperturbable ante el peligro, audaz hasta lo inverosímil, poseído de una exaltación heroica, digna de mejor causa.

Sus arengas, recogidas minuciosamente en ensayos monográficos, hablan mucho de sus dotes de orador guerrero: a los castellanos les emociona con un canto a la bandera, invencible en las manos del soldado; a los catalanes, que con él asaltan las últimas posiciones enemigas ante la preciada meta de Tetuán, les recuerda las gestas de la vieja nacionalidad, de los hombres que en un pasado ya muy remoto escribieron páginas de gloria en la historia de los países de lengua catalana con la conquista de las islas del Mediterráneo. La arenga, en idioma catalán, exalta a los voluntarios que desde su patria han acudido al llamado de la canción:

A l'Africa minyons

a matar moros, a matar moros.

A l'Africa minyons

a matar moros amb canons.

Duele en verdad ver a los catalanes enfrascados en aquella lucha ajena, pero ya es bastante pensar que el recuerdo de las glorias guerreras de sus antepasados pusiera en sus almas la decisión de vencer, y en el general, el orgullo de la raza con todas sus virtudes impercederas.

Las victorias, terriblemente costosas, con distintos escenarios y héroes anónimos, se rematan (26 de marzo de 1860) con la de Wad-Ras, en la que Prim, como siempre, ha jugado el papel principal dando el pecho al enemigo y haciendo gala de sus cualidades de soldado.

Después del triunfo, el conde de Reus es agasajado como héroe legendario en las ciudades españolas y, en las de su patria, el delirio se apodera de los catalanes hasta hacerlos cruzar los límites del buen gusto. "El Nuevo Cid Campeador" es el título de un romance que figura en un álbum, ofrecido a la esposa del general por el Ayuntamiento de Barcelona. La espada del vencedor de Castillejos, sobre bandeja de plata, es depositada, como una reliquia santa, en manos del alcalde de su ciudad natal.

Juan Prim y Prats ha alcanzado el grado máximo de la popularidad; su nombre está en todos los labios y el agradecimiento de las altas esferas se hace sentir de nuevo: a los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, añade ahora, por voluntad de la reina, el de marqués de los Castillejos.

¿Dónde están las ventajas conseguidas a base de heroísmo? Tetuán, ocupado por las tropas españolas hasta que el sultán haya satisfecho la indemnización fijada en doscientos millones de pesetas, ha de ser al fin evacuado por los ejércitos de la reina ante la presión de Inglaterra. De esta enorme cantidad, España tan sólo recibirá ciento cuarenta millones de reales, compensación bien limitada ya que el propio O'Donnell confiesa que la aventura ha costado al tesoro doscientos cincuenta millones. ¿Por qué tantos muertos? Nadie tampoco lo sabe ni hay manera de explicarse los ascensos y condecoraciones que han seguido a la victoria, como asimismo los altos títulos concedidos a las principales figuras de la guerra, y especialmente a O'Donnell, designado duque de Tetuán.

Pero, a pesar de todo, España cree que ha desempeñado un gran papel y que ha afianzado el triunfo del catolicismo. Por eso no faltan *Te Deums*, procesiones, repiques de campanas y entrega de banderas a Nuestra Señora del Olvido, cogidas a los infieles. En una de estas manifestaciones religiosas se verá a la reina caminando descalza por las calles de Madrid, en acción de gracias por la victoria.

Lástima grande es que nadie ose decir que todo aquello es una farsa indigna de un gran pueblo y que los soldados han perecido en Africa para satisfacer las ansias de una intentona bélica que ha resultado al fin desastrosa.

Quizás el único que no se engañó fué el propio Presidente del Consejo, porque al solicitársele que acuda en defensa de la monarquía borbónica de las Dos Sicilias, que está sacudida por una revolución constitucionalista, rehusa intervenir. Es inútil que se haga en España una campaña favorable a la intervención e incluso que un periódico señale el nombre de Prim como generalísimo de las fuerzas que han de ir a entronizar de nuevo al rey de Nápoles Francisco II, primo de Isabel; O'Donnell sabe que las tropas españolas resultarían al fin vencidas. Esta es la experiencia de la Guerra Santa; no es extraño pues que se cubra la verdad con tantas fiestas, arcos de triunfo y cantos populares; lo que sí resulta al fin incomprensible es que en ciertas historias haya arraigado la farsa hasta el extremo de ser vista la campaña de Africa como un timbre de honor para el reinado de Isabel II.

De todo aquello no había de quedar otra cosa que un cuadro famoso: *La Batalla de Tetuán*, obra de Mariano Fortuny, reusense como Prim y por lo visto preso también por el remolino del entusiasmo.